





CADA MUERTE
EL FIN DEL MUNDO



Alejandro Merino

CADA MUERTE
EL FIN DEL MUNDO



Primera edición: diciembre de 2018

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Alejandro Merino

© Fotografía de portada: @ochoarti

ISBN: 978-84-17548-88-9

ISBN digital: 978-84-17548-89-6

Depósito legal: M-41938-2018

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España





La muerte es esa pequeña jarra,
con flores pintadas a mano,
que hay en todas las casas
y que uno jamás se detiene a ver.

ELISEO DIEGO

¿Cuándo comienza tu vida a ser tu vida?
¿Cuando tienes tu primera pelea
y te duelen los puños,
o cuando tienes tu primer muerto
y te duele la vida?

FERNANDO DEL PASO



DIME CÓMO SE HACE, AMOR

Dime cómo, amor.

Dime cómo se hace.

¿Cómo se escribe poesía en medio de esto?

Que así como me prendo a tu piel
y desaparece el mundo,
así también desaparece otra mujer
en esta ciudad.

Que mientras tú me besas
un taxista viola a una chica de 15 años.
Que cuando tú clavabas tus uñas en mi espalda
Mariana pasa frente a una carnicería en Ecatepec
de la que no volverá viva.

Dime cómo, amor.

¿Cómo diablos se escribe poesía
en esta ciudad salvaje?

Porque mientras yo intento hablar
de los prodigios de tu vientre,

a Valeria, de 11 años,
la están violando en una combi,
cuando tú me miras al quitarte el vestido,
a Karen, de 19 años,
la meten destazada en una maleta,
y cuando muerdes mi cuello y te corres,
a Karla, embarazada de 5 meses,
le están dando 32 puñaladas en un baldío.

Y cuando ellas,
hartas del miedo,
gritan *¡Vivas nos queremos!*
ya están matando a otra.

¿Cómo carajos se vive con eso, amor?

¿Cómo se escribe poesía
en el país con más violencia sexual
de todo el puto mundo?

¿Cómo se ama en un país
con una mujer brutalmente asesinada cada 3 horas?

Con vergüenza, amor,
con odio,
con miedo,
así se escribe poesía
en el país que odia a las mujeres.

Con esta puta rabia en la garganta,
¿cómo, si no?

Por eso a veces tiemblo
cuando me abrazo a tu cintura,
y cuando amanece y yo entiendo que hoy
matarán a 7 mujeres en este país bestial,
solo pido,
con un egoísmo asqueroso,
que ninguna de esas 7 seas tú,
y de solo pensarlo, amor,
me estremezco...

Y mientras tú te vistes por la mañana,
los padres de Andrea buscan a su hija
sin saber que lleva 2 semanas muerta,
enterrada en un paraje en Tecámac,
a 13 kilómetros de su casa,
y cuando ya te has vestido, amor,
el cuerpo de otra menor aparece
en la cisterna de un deportivo en Iztacalco.

Y tú sales a las calles de esta ciudad feminicida,
cargada de sonrisas y de planes para el fin de semana
mientras el cuerpo de otra mujer

—no identificada—

aparece en Chimalhuacán,
con el rostro desollado y sin una pierna,
o mientras a Miriam Rodríguez la ejecutan

en la puerta de su casa
por buscar a los asesinos de su hija.

Y 4 adolescentes juegan al secuestro
y matan a su vecina de 6 años,
y 2 alumnos de una primaria
juegan a violar a su compañerita de clase
por ser la más bonita,
y las madres de Veracruz sacan cadáveres por cientos,
y las muertas de Juárez,
y las muertes de Lesby, Nadia, Yesenia, Alejandra, Mile,
siguen siendo un misterio.

¿Cómo putas se hace, amor?
¿Cómo se escribe en el país de las fosas clandestinas?
¿Cómo no rabiarse hasta el vómito en este país de mierda?

¿Cómo no cagarse de miedo si tienes hermanas,
sobrinas,
hijas,
si amas a cualquier mujer,
en el país que odia a las mujeres?

Por favor dime cómo, amor,
dime cómo besarte y no pensar,
por un segundo,
que hoy matarán a 7 mujeres en este país.

BESLÁN

Ahí vienen otra vez las balas
—otra vez, aunque nunca se fueron—

irrumpiendo sin tocar la puerta,
asomándose por la ventana,
besando a quien a su paso encuentran.

Ahí vienen de nuevo sin anunciarse,
sin pedir perdón,
mucho menos permiso.

Vienen a estrecharnos la mano,
a dar palmaditas de consuelo,
a ver cómo estábamos,
si es que todavía estamos.

Vienen altivas,
izando la bandera del honor
y la justicia.

Ahí vienen otra vez las balas,
dispuestas a hacer el amor
con una frente desconocida.

MUERTOS AJENOS

No sé dónde estén,
ni dónde han dormido estos días,
no sé si han comido,
si las noches son más frías,
o si en verdad han recibido los cheques
que desde acá endosamos.

No conozco sus lágrimas
y mentiría si dijera que las imagino,
que sé lo que se siente.

Una vez más, no,
no sé cómo ha de sentirse
ser un muerto ajeno,
y ver inundarse el mundo,
y llorar de lejos.

No está en mis manos su vida,
ni los nueve grados,
ni el pantano,
ni devolverles la risa.

No sirve la tristeza inerte,
ni mis porqués vacíos,
ni la tierra salada.

No sé de qué estarán hablando,
perdí la cuenta de los caídos,
de los ahogados,
de los perdidos.

No sé dónde estén,
si tienen un techo para volver a soñar
y un pan que los haga volver a creer.

Díganme por favor que no es tan malo,
que siguen luchando,
que aún están de pie.

SABINES TENÍA RAZÓN

Qué costumbre tan idiota
esa de hablar con los muertos,
de cubrirlos con todo ese amor,
insoportable,
tardío.

Qué costumbre tan infame
esa de hablarle a tu pavoroso vacío,
a tu salvaje lápida,
a tu contundente ausencia.

Qué terrible dialogar con los muertos,
revivirlos malamente,
a ratos,
cuando el aliento de los vivos
parece insuficiente.

Qué costumbre tan necia
esa de hablarles a los muertos sobre la vida,
de decirles *lo lamento*,

*¿por qué te fuiste?,
nos veremos pronto, compañero.*

Qué extraño creer que desde allá
mis muertos lamentan su muerte
tanto como yo,
y qué costumbre tan idiota, también,
la de escribirles,
y preguntarles,
y enaltecerlos,
y perdonarles hasta su funesta suerte.

En fin,
qué costumbre tan idiota, amor,
llamarte amor aun en la muerte.

¿NI UNA MÁS?

Tu amor por esta ciudad
siempre sobrepasó toda convención.

La fuerza que yo no tuve para quedarme
tú la volviste semillas,
abriste siempre tu pecho,
a los tuyos y a los extraños,
la ciudad te cubrió de besos y lágrimas
que siempre encontraron en ti descanso.

Yo perdí la cuenta de mis huidas,
tú, de las voces que con velas y poesía
encontraban camino.

Tú, que nunca pediste nada
que no fuera amor y paciencia,
tú, que durante años has salvado
a los hijos de esta ciudad,
aun en medio del caos y la violencia,
del riesgo y el miedo,

de la infausta voracidad urbana
que no perdona.

Tú, que nunca soltaste una mano,
hoy me dices que quieres irte.

¿Por qué?, pregunto cauteloso,
esperando que no respondas lo que más temo.

Pero lo haces.

Porque nos están matando.

Nos están desapareciendo.

Porque tengo miedo.

No tengo nada que decirte,
solo siento que algo se me quiebra en el pecho.

Y odio de pronto esta ciudad
como nunca la he odiado,
la maldigo con toda la rabia
que me cabe en el cuerpo.

Porque nos están matando...

Y quiero de pronto mandar a la mierda esta ciudad,
que por esta vez no sea yo quien se vaya al diablo,
sino ella,
la ciudad,

nuestra ciudad,
la que se exilie y nunca vuelva.

Quiero de pronto clavarle los dientes en el corazón
(si es que tiene corazón una ciudad que mira impávida
cómo matan y desaparecen a diario a sus hijas).

Nuestra ciudad,
luminosa y asesina,
no se detendrá,
y lo sabemos.

Y tú, que durante años has salvado a sus hijos,
hoy me dices que quieres irte.

Nos están desapareciendo...

Tus palabras me retumban,
y lo harán durante muchas noches.

Hoy la ciudad me ha matado un poco más,
y no hay nada que pueda decirte.

Hoy solo puedo odiar.

Nos están matando.

Nos están desapareciendo.

Y tengo miedo.

EL DEMONIO

Hoy he visto al demonio,
se paró frente a mí,
y sonrió.

Yo temblé de miedo,
y él volvió a sonreír.

Vi su rostro deforme
y su hipócrita sonrisa,
su repugnante mirada,
su piel seca y demacrada.

Posó sus horrendos ojos sobre mí,
y lloré de angustia,
de rabia y de temor,
y él volvió a sonreír.

Hoy he visto al demonio
y lloré de miedo
mientras su voz me reventaba las sienas.

A quince centímetros de mí lo vi,
sentí el metal del cañón que me puso entre los ojos,
se burló de mí,
y lo maldije por tener razón.

Lo golpeé justo en el ojo,
mi mano se llenó de sangre,
y el espejo se rompió.